

# INSTANTÁNEAS

Semanario Festivo, Literario, Artístico y de Actualidades

Año 1

Santiago, 6 de Mayo de 1900

Núm. 6



# Simpson y Ca.

El Almacén predilecto de las Familias  
**ALMACÉN DE TÉ Y PROVISIONES**

Estado esq. de Agustinas — SANTIAGO

Teléfono Inglés, 302 \* Casilla, 6 \* Teléfono Nacional, 140



**EL SURTIDO MAS GRANDE EN SANTIAGO**

Gran surtido de conservas inglesas, francesas, alemanas é italianas. Porcelanas, cristales, plásticos, quincallería, cuchillería, artículos enlozados.

## LICORES SURTIDOS

Cofiac, Jerez, Oporto, Champaña Lemoine, Whisky Dewar Extra especial, Whisky Dewar Fine Old Liqueur

## Compra y Venta de Frutos del País

Carbón de piedra, carbón de espio, leña trozada, papas, charqui, etc.

**Servicio á domicilio** y todo pedido del campo encajonado y puesto en la Estación, libre de todo gasto para el comprador.

# JARDIN CENTRAL

TELÉFONO, 1077

Especialidad en toda clase de trabajos en flores.  
Decoraciones para banquetes, bailes, iglesias, etc.  
Maceteros elegantes. — Alquiler de plantas. —  
Arreglo de Parques y Jardines.

## GRAN VARIEDAD DE PLANTAS

Calle de ALONSO OVALLE, frente á la Iglesia de San Ignacio

# INSTANTÁNEAS

Semanario Festivo, Literario, Artístico y de Actualidades

Año I

Santiago, 6 Mayo de 1900

Núm. 6.

## Las ausencias de Tristán

Tenía veinte años cuando desapareció la primera vez.

Era el menor de los hijos del proletario. El padre trabajaba de cantero, la madre era cigarrera, el hermano mayor vidriero. Trabajaban todos y vivían muy mal, porque á la señora Teresa le dió por tener un hijo cada año. Los jornales de padres é hijos no bastaban á las necesidades de la casa.

—Siempre apuros, siempre atrasos, siempre la misma ensalada, siempre con los muebles al hombro, echados de todas partes— exclamaba Tristán. —¡Oh, qué vida, maldita sea ella!

Era mal trabajador, y sin embargo, tenía, según decían sus maestros, muy buenas manos é inteligencia para el trabajo.

—¡Sí, pero es holgazán!—gritaba el padre —y de vez en cuando le daba una mano de palos que lo dejaba derrengado.

Tristán no protestaba, no se rebelaba contra la autoridad paternal, nada de eso. Ponía la cara entre triste y feroz y volvía á la sastrería, porque era aprendiz de cortador. Ya la noche, al volver á su hogar y comer mal, y tener que dormir con los demás y los chiquillos alrededor, y plagado de insectos y asándose en verano y helándose en invierno, decía unas cosas que aterraban á la familia.

—El que piensa así á los veinte años, no acabará bien—decía su padre.

Como dije al principio, un día Tristán desapareció.

Desolación en la familia, averiguaciones, pesquisas, llanto de la madre... Pero no se supo de Tristán en dos años.

—Si está vivo, escribirá—decía su madre.

—¿Cómo ha de escribir, si no sabe?—observaba su hermano.

—¡Haciendo dictar la carta!

—¡No os canséis—decía el padre—mi hijo se ha muerto, sabe Dios dónde!

No, no se había muerto. Un día de San Pedro, cuando la familia estaba celebrando modestamente los días del honrado jefe de aquella santa casa, apareció Tristán, limpio, afeitado y vestido de nuevo. Júzguese la alegría que su presencia produjo.

¿De dónde venía? ¿Dónde había estado?

Según él dijo, de un largo viaje. Sabía leer y escribir y traía veinticinco duros ahorrados. De su oficio sabía mucho más, tanto, que su antiguo maestro le tomó de cortador.

Y Tristán parecía resuelto á trabajar...



Srta. Ida Zañartu



Pero á los quince días volvió á ponerse muy sombrío y á maldecir de cuanto le rodeaba. Fué aquél un invierno muy malo, el padre estuvo sin trabajo cerca de dos meses, á su hermano mayor le dió el tifus y le llevaron al hospital; se murió uno de los hermanitos pequeños y la señora Teresa estaba otra vez... como de costumbre. Deudas, dinero tomado á pagar á dos reales por duro. ¡Qué año!



González Méndez en su taller

espantosa...! «La primera vez—decía— cometí falta como para un par de años; y en la cárcel me enseñaron á leer y escribir y adelantar en mi oficio. La segunda cometí delito como para cuatro ó cinco años, y en esos años he comido y bebido y me han tenido limpio, y en los talleres del penal he sido un obrero bien considerado. Esta vez... esta vez es crimen, y ahí van esos cuartos para que salgáis de apuros. Adiós, y hasta sabe Dios qué año... Cuando las leyes no dan para vivir, hay que irse á habitar á gusto á la cárcel... ¡Allí, á lo menos, se vive!»

El tío Pedro leyó y cayó anonadado; y la familia pagó lo que debía... ¡Y seguimos estudiando las cuestiones sociales en todos los países!...

EUSEBIO BLASCO.

## GONZÁLEZ MÉNDEZ

Resueltos á probar que es pesimismo infundado, y preocupación injusta encontrar decaído nuestro arte nacional, damos ahora á los lectores de INSTANTÁNEAS el retrato de don Nicanor González Méndez, uno de nuestros mejores retratistas, y la reproducción de dos de sus cuadros que encontramos en su taller.

El retrato de mujer fué expuesto en el Salón del año pasado y mereció los unánimes elogios de los críticos y de la prensa.

El paisaje ha sido adquirido recientemente para el Salón de Bellas Artes, y es un hermosísimo cuadro chileno pintado con mano maestra, y estudiado con la escrupulosa atención que dedica González Méndez á sus trabajos.

He aquí un pintor que tiene ya expedito su camino. Cuesta subir y llegar á la cumbre; pero una vez arriba todo se reduce á respirar el aire á pulmones llenos, y á cuidarse mucho de los despeñaderos, que en el arte son aún más traidores que en la naturaleza.

INSTANTÁNEAS se enorgullece de la colaboración de tan distinguido artista, y de poder dar á conocer al público su privilegiado pincel.

## LA CONFESIÓN DE UN CRIMEN

En el vasto salón del Prado aun no había gente. Era temprano; las cinco y media nada más. A falta de personas formales, los niños tomaban posesión del paseo, utilizándolo para los juegos del aro, de la cuerda, de la pelota, pío campo, escondite y otros no menos respetables, tan respetables, por lo menos, y por de contado más saludables, que los de ajedrez, tresillo, ruleta y siete y media con que los hombres se divierten. Y si no temiera ofender las instituciones, me atrevería á ponerlos en parangón con los del salón de conferencias del Congreso y de la Bolsa, seguro de que tampoco habían de desmerecer.

El sol aun seguía bañando una parte no insignificante del paseo. Los chiquillos resaltaban sobre la arena como un enjambre de mosquitos en una mesa de mármol. Las niñas, guardianas fieles de aquel rebaño, con sus cofias blancas y rizadas, las trenzas del cabello sueltas, las manos coloradas y las mejillas rebosando una salud que yo para mí deseo, se agrupaban á la sombra, sentadas en algún banco, desahogando con placer sus respectivos pechos henchidos de secretos domésticos, sin que por eso perdiesen de vista un momento (dicho sea en honor suyo) los inquietos y menudos objetos de su vigilancia. Tal vez que otra se levantaban corriendo para ir á socorrer á algún mosquito infeliz que se había caído boca abajo y que se revolcaba en la arena con horribles chillidos; otras veces llamaban imperiosamente al que se desmandaba y le residenciaban ante el consejo de doncellas y amas de cría, amonestándole suavemente ó recriminándole con dureza y administrándole algún leve correctivo en parte posterior, según el sistema y el temperamento de cada juez.

Esperando la llegada de la gente, me senté en una silla metálica de las que dividen el paseo, y me puse á contemplar con ojos distraídos el juego de los chicos. Detrás de mí estaban sentadas dos niñas de once á doce años de edad, cuyos perfiles—lo único que veía de ellas—eran de una corrección y pureza encantadoras. Ambas rubias y ambas vestidas con singular gracia y elegancia: en Madrid esto último no tiene nada de extraordinario porque las mamás, que han renunciado á ser coquetas para sí, lo continúan siendo en sus hijas y han convenido en hacerse una competencia poco favorable á los bolsillos de los papás. Me llamó la atención desde luego la gravedad que las dos mostraban y el poco ó ningún efecto que les causaba la alegría de los demás muchachos. Al principio creí que aquella



Cuadro de González Méndez

circunspección procedía de considerarse ya demasiado formales para corretear, y me pareció cómica; pero observando mejor, me convencí de que algo serio pasaba entre ellas, y como no tenía otra cosa que hacer, cambié de silla disimuladamente y me acerqué cuanto pude á fin de averiguarlo.

La una estaba pálida y tenía la vista fija constantemente en el suelo: la otra la miraba de vez en cuando con inquietud y tristeza. Cuando me acerqué guardaban silencio; pero no tardó en romperlo la primera exclamando en voz baja y con acento melancólico:

—¡Si lo hubiera sabido, no saldría hoy á paseo!

—¿Por qué?—repuso la segunda.

—De todos modos algún día os

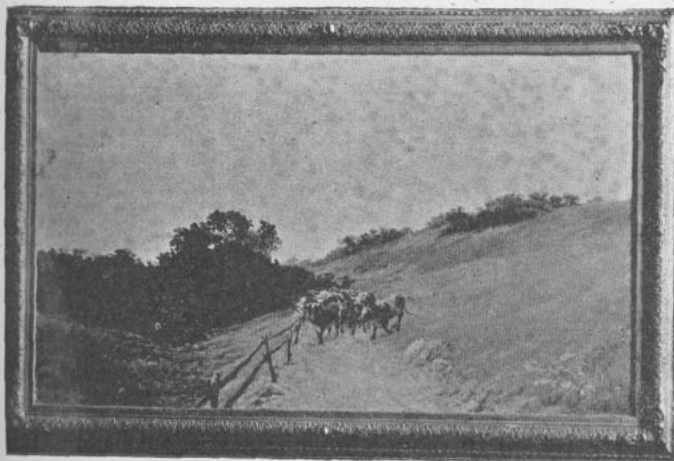
habíais de encontrar. La primera no replicó nada á esta observación y callaron un buen rato.

Al cabo la segunda dijo, poniéndole una mano sobre el hombro:

—¿Sabes lo que estoy pensando, Asunción?

—¿Qué?

—Que debías decirselo todo. Lola es buena niña, aunque tenga genio vivo. ¿No te acuerdas



Cuadro de González Méndez, adquirido por el Museo

cuando nos pegamos y nos arañamos porque le quité de ser la mamá?... Ya ves qué le pasó en seguida...

—Sí, pero esto es muy distinto.

—Ya lo sé que es distinto... pero debes decírselo.

—¡Ay! No me mandes eso, por Dios, Luisa... de seguro no me vuelve á decir adiós, y se lo cuenta en seguida á sus papás.

—¿Y no será peor que se lo cuente otra persona?... ¡Hay niñas más mal intencionadas!... Elvira lo sabe ya... no sé quién se lo ha dicho...

Profunda debió ser la impresión que esta noticia causó en el ánimo de Asunción, porque no volvió á despegar los labios y siguió escuchando consternada las razones de su amiga, que las amontonaba de un modo incoherente, pero con resolución.

El paseo se iba poblando poco á poco. El sol no se enseñoreaba ya sino de uno de los ángulos del salón: al retirarse dejaba claro y nítido el ambiente, en el cual resaltaban con admirable



Círculo Español. — La Sala del Banquete

pureza el obelisco del Dos de Mayo y las agujas del museo de Artillería y de San Jerónimo. Los pequeños retrocedían ante la invasión de los grandes á los parajes más apartados, donde establecían nuevamente sus juegos. Un chico rubio, vestido de marinero, con cara de desvergonzado, se quedó fijo delante de nuestras niñas contemplándolas con insistencia, y no hallando al parecer conveniente la gravedad que mostraban, se puso á hacerlas muecas en són de menosprecio. Luisa, al verse interrumpida en su discurso, se levantó furiosa y le tiró por los cabellos. El chico se alejó llorando.

Al cabo de un rato, cuando ya me disponía á dejar la silla para dar algunas vueltas, oí exclamar á Luisa:

—¡Calla... calla... me parece que ahí viene Lola!

Asunción se estremeció y levantó la cabeza vivamente.

—Sí, sí, es ella,—continuó Luisa.—Viene con Pepita y con Concha y Eugenia... Es el primer domingo que viene después de la muerte de su hermano... ¡No te pongas así, niña!... No te asustes... verás, yo lo voy á arreglar todo.

Asunción, en efecto, había empalidecido y estaba clavada é inmóvil en la silla como una estatua. Pronto divisé un grupo de niñas de su misma edad que se aproximaba; en el centro venía una completamente enlutada, morenita, con grandes ojos negros y profundos que debía de ser la causante de los temores de Asunción. Luisa se levantó á recibirlas y echó una carrerita para cambiar con ellas buena partida de besos cuyo rumor llegó hasta mis oídos. Asunción no se movió. Al llegar, todas la saludaron con efusión, no siendo por cierto menos expansiva la enlutada Lolita. Después de cambiadas las primeras impresiones, observé que Luisa hacía señas á Asun-



ción en ademán de pedirle algo, y que Asunción lo negaba, también por señas, pero con energía. Luisa, sin embargo, se resolvió á hacer lo que pretendía á despecho de su amiga, y llegándose á Lola, le dijo:

—Mira, Asunción tiene que decirte una cosa; vé á sentarte junto á ella.

Lolita se vino hacia la melancólica niña y le preguntó cariñosamente tocándole la cara:

—¿Qué tienes que decirme, Chonchita?

La pobre Asunción, completamente abatida, no contestó nada; visto lo cual por su amiga, tomó asiento al lado, y la instó con mucha viveza para que le contase lo que la ponía tan triste.

—Mira, Lola, —comenzó con voz temblorosa y casi imperceptible,—después que te lo diga ya no me querrás.



Círculo Español. — Asistentes al Banquete

carta y me la dió un día al entrar en tu casa: salió de un cuarto de repente, me la dió y echó á correr. Me decía que desde la primera vez que me había visto le había gustado, que podríamos ser novios si yo le quería, y que en concluyendo la carrera de abogado, que era la que pensaba seguir, nos casaríamos. Á mí me daba mucha vergüenza contestarle, pero como á Luisa le había escrito también Paco Núñez declarándose, yo por encargo de ella le dije un día en el paseo: «Paco, de parte de Luisa, que sí», y á la otra vuelta Luisa le dijo á Pepito: «Pepito, de parte de Asunción, que sí». Y quedamos novios.

Los domingos cuando bailábamos en tu casa ó en la mía, me sacaba más veces que á las demás, pero no se atrevía á decirme nada... Á pesar de eso, una vez bailando, como estaba triste y hablaba poco, le pregunté si estaba enfadado, y él me contestó: «Yo no me enfado con nadie, y mucho menos contigo». Yo me puse colorada... y él también... Todos los días por la tarde iba á esperarme á la salida del colegio; se estaba paseando por delante hasta que yo salía y después me seguía hasta casa...

Aquí Asunción cesó de hablar, y Lola, que la escuchaba con tristeza y curiosidad, aguardó un rato á que continuase, y viendo que no lo hacía, le preguntó:

—Pero, ¿por qué me decías que después de contármelo no iba á darte más besos y todas aquellas cosas?... Al contrario, ahora te quiero más... mira como te quiero.

Y Lolita al decir esto le daba apasionados besos.

—Espera, espera... no me beses... ¿De qué murió tu hermano? ¿No dijeron los médicos que había muerto de una mojadura que había cogido?

—Sí.

—Pues esa mojadura, Lola... la cogió por causa mía... Sí, la cogió por causa mía... Una tarde

Lola protestó con una mueca.

—No, no me querrás... Dame un beso ahora... Después que te lo diga no me darás ningún otro...

Lolita se manifestó sorprendida, pero le dió algunos besos sonoros.

—Mañana hace un mes que murió tu hermano Pepito... Yo sé que has tenido una convulsión por haber visto la caja... Á mí no me han dejado ir á tu casa porque decían que me iba á impresionar, pero toda la tarde la pasé llorando... Luisa te lo puede decir... Lloraba porque Pepito y yo éramos novios... ¿no lo sabías?

—¡No!

—Pues lo éramos desde hacía dos meses. Me escribió una



Círculo Español. — Asistentes al Banquete



El nieto de Krüger en la Guerra

zar enérgicamente las proposiciones conciliadoras, Lolita se encerró en un silencio sombrío. Al ver esta muestra de debilidad, las amigas apretaron el asedio, enviando cada cual un argumento más ó menos poderoso; sobre todo Luisa, era incansable en formar silogismos, que alternaban sin cesar con súplicas ardientes.

Al fin Lolita volvió lentamente la cabeza hacia Asunción. La pobre niña seguía en la misma postura, abatida, ocultando siempre el rostro con las manos. Al verla, debió pasar un soplo de enternecimiento por el corazón de la irritada hermana; destacóse del grupo, y viniendo hacia ella, la echó los brazos al cuello diciendo:

—No llores Chonchita, no llores.

Pero al pronunciar estas palabras lloraba también. La cabecita rubia y la morena estuvieron un instante confundidas. Rodeáronlas las amigas, y ni una sola dejó de verter lágrimas.

—¡Vamos, niñas, que nos están mirando!— dijo Luisa.— Enjugad las lágrimas y vamos á pasear.

Y en efecto, llevándose el pañuelo á los ojos, ella la primera, con rostro sereno y risueño se mezclaron agrupadas entre la muchedumbre, y las perdió muy pronto de vista.

en que estaba lloviendo á cántaros, fué á esperarme al colegio... Le vi por los cristales metido en un portal... en el portal de enfrente... no traía paraguas. Cuando salimos yo me tapé perfectamente porque la criada había traído uno para mí y otro para ella... Pepito nos siguió al descubierto... llovía atrocemente... y yo, en vez de ofrecerle el paraguas y taparme con el de la criada, le dejé ir mojándose hasta casa... Pero no fué por gusto mío, Lola... por Dios, no lo creas... fué que me daba vergüenza...

Al decir estas palabras, le embargó la emoción, se le anudó la voz en la garganta y rompió á sollozar fuertemente. Lolita se la quedó mirando un buen rato, con ojos coléricos, el semblante pálido y las cejas fruncidas; por último se levantó repentinamente y fué á reunirse con sus amigas, que estaban algo apartadas formando un grupo. La vi agitar los brazos en medio de ellas narrando, al parecer, el suceso con vehemencia, y observé que algunas lágrimas se desprendían de sus ojos, sin que por eso perdiesen la expresión dura y sombría. Asunción permaneció sentada, con la cabeza baja y ocultando el rostro entre las manos.

En el grupo de Lolita hubo acalorada deliberación. Las amigas se esforzaban en convencerla para que otorgase su perdón á la culpable. Lolita se negaba á ello con una mímica (lo único que yo percibía) altiva y violenta. Luisa no cesaba de ir y venir consolando á su triste amiga y procurando calmar á la otra.

El sol se había retirado ya del paseo, aunque anduviese todavía por las ramas de los árboles y las fachadas de las casas. La estatua de Apolo, que corona la fuente del centro, recibía su postrera caricia; los lejanos palacios del paseo de Recoletos resplandecían en aquel instante como si fuesen de plata. El salón estaba ya lleno de gente.

Después de discutir con violencia y de recha-

ARMANDO PALACIO VALDÉS.







## CRISANTEMOS Y ALCANFORES

Ninguna personalidad de oscuro origen, ninguno de esos hombres formados por sí mismos ha hecho más sorprendente y rápido camino que el modesto alcanfor, confundido en los jardines, hasta llegar á ser la flor favorita de la moda.

¿Quién no le ha visto en los jardincitos de los pobres, cerrados por una cerca de coligües? Desparramados en el suelo, incultos, despreciados, cuajan de flores la verde y plomiza hojarasca de la planta, sin lograr atraer sobre sí más atención que los vulgarísimos cardenales rojos y las impávidas maravillas, que se creen el *non plus ultra* del *chic* y de la gracia.

¿Quién ha tomado alguna vez en serio la pequeña y raquítica flor, afrentada todavía con un nombre de botica? ¿Qué mujer elegante había tomado con sus manos ese desaliñado manojo de los alcanfores silvestres, para meterlos en los floreros de cristal?

¿Qué pintor habría gastado los colores de su paleta y los elegantes rasgos de su pincel, para llevar á la tela la insignificancia de los alcanfores?

Era entonces la rosa la que se ostentaba en los ojales ó era el ramito de violetas el portador de los secretos. Hoy es el crisantemo, viajero recién llegado á nuestras playas, después de haber dejado en los invernáculos de París su ropaje de aldeano, para tomar todo el sello de un príncipe japonés que recorre el mundo en viaje de placer.

El alcanfor ha sufrido una metamorfosis. Ha perdido la fecundidad que lo hacía brotar en racimos y manojos, para reunir todo el vigor y toda la fuerza en una sola cabeza. La unión es la fuerza—le dijeron los jardineros al modesto alcanfor—y la unión es también la belleza—respondieron éstos abriendo sus botones en un enorme rosetón de flecos amarillos, rojos, asalmonados y azules.

El crisantemo niega su parentesco con el provinciano alcanfor, porque ha subido muy alto en las escalas de los triunfos, y ha merecido poesías decadentes en su honor, y adorna las mesas de los banquetes y cuelga soberbiamente en los ojales de los elegantes.

Es cierto que también se abusa del crisantemo... como se abusa de todo.

Hay elegantes que llevan una flor tan enorme en el ojal, que debería recogerlos la policía para que no estorben el tráfico.

Casi podría decirse parodiando el proverbio: «díme de qué tamaño es el crisantemo que llevas, y te diré quién eres».

Por lo demás, el capricho de la moda ha impulsado á los jardineros á reunir todos sus traba-

os sobre esta exótica flor que, además de ser hermosa, tiene sobre sí ese elegante desaliño, de que tanto gusta la tendencia impresionista de la última hora.

El crisantemo ha venido á quitar terreno á su hermosa compatriota, la camelia, y á amen-  
guar en mucho la fiebre de los admiradores de las rosas y sus 2,000 variedades nuevas.

Por lo demás, los crisantemos están ya al alcance de todos. Hemos tenido ocasión de visitar el Jardín Central y convencernos de que, con un precio ínfimo, puede adquirirse una planta hermosa que en un salón ó en una galería, adorna y recrea tanto la vista como una pieza de bronce ó un cuadro. Valga la exageración porque el capricho de la moda extrema siempre sus cariños y sus favoritismos.



## LOS MARINOS ESPAÑOLES

Corta fué la estadía de los simpáticos oficiales del *Río de la Plata*, entre nosotros.

Corta, pero grata; cada chileno que les estrechó la mano efusivamente ha creído estrechar la de un hermano y la de un compatriota. Y es que la sangre que corre por nuestras venas es un desmentido permanente al mar y á la distancia que nos separan de España.

Los marinos españoles traían sobre sí la aureola de la desgracia y del heroísmo. Habían luchado en Santiago de Cuba al lado de los que caían sobre las cubiertas de los buques despedazados por la metralla *yankee*, y habían asistido á esa agonía de la madre patria que, en medio de su flaqueza, tuvo esfuerzos de leona y corajes sublimes.

En la suntuosa y elegante velada que les dedicó el Círculo Español, vimos á cada uno de esos brillantes marinos rodeados de compatriotas que les oían extasiados las gloriosas peripecias de la guerra.

Cada uno preguntaba cómo había muerto alguno de esos comandantes que se hundieron con sus barcos; y se recibía con religioso silencio esa heroica tragedia de fuego y de sangre, en que cada combatiente tenía ante sí la metralla enemiga, bajo de sí el fuego del barco incendiado y alrededor de sí el agua insondable de ese mar mudo ante tan denodado esfuerzo.

Esos españoles oían por primera vez un testigo presencial de los combates compendiados por el telégrafo, y sentían el orgullo de la raza, que también hemos sentido nosotros en los grandes días de nuestra historia.

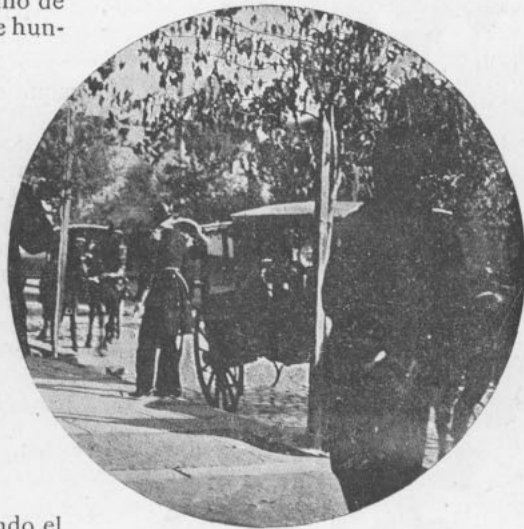
La velada transcurrió insensiblemente. Fué elegante, suntuosa, espléndidamente dispuesta, y ha hecho honor á la colonia española.

Eran las tres de la mañana y estaba ya clareando el día, y todavía vimos uno de esos grupos patriotas que rodeaban á uno de los marinos ávido de sus impresiones y recuerdos.

Los españoles no olvidarán á sus huéspedes de ayer, que les han traído tan sagrados recuerdos de los días amargos de la patria. Nosotros no los olvidaremos tampoco, porque reconocemos en ellos y en los héroes de Santiago de Cuba á los hermanos de Arturo Prat, de Thomson y de Serrano.



Las fotografías que acompañan este artículo, son instantáneas tomadas en la puerta de la Moneda. Llamamos la atención á los tres fotograbados distribuidos en el texto de este número, que son fotografías tomadas en la noche del baile en el Círculo Español, con luz de magnesio. La premura del tiempo nos impidió dar algunas instantáneas que sorprendieron á las parejas en las vueltas del *vals* ó en los momentos de las confidencias.





## El Milagro de San Brano

DOÑA Felipa no podía convencerse de que la iglesia de Zambrano, Alameda abajo, no obedeciera á un San Brano que desde los cielos oyera, como sus demás colegas, las oraciones de los fieles, sino á un Zambrano que pudo ser don Mateo de Toro y Zambrano ó un deudo suyo.

Porque era el hecho que doña Felipa no dejaba de encomendarse en sus momentos de apuro á este novísimo santo, canonizado sólo por dos faltas de ortografía que cambiaban en S la Z y en n la m del apellido del fundador.

No de otra manera decía la vieja del cuento, *San Petersburgo, rogad por nosotros*, y se encomendaba aquella otra á San Martín, el padre de la patria, en vez de hacerlo á San Martín de Tours.

Si San Brano la oía ó permanecía mudo á sus plegarias es cosa aún no averiguada. Juzguen nuestros lectores por el último y señalado prodigio de la veracidad del Santo y de la buena fe con que doña Felipa creía en el poder de la mala ortografía, aunque no fuera la que propala don Carlos Cabezón.

Doña Felipa era golosa; pero de esas golosas cuya glotonería aumenta con los años. Zamparse de una sentada un molde de dulce de membrillo, un frasco de guindas en aguardiente ó una compotera de manjar blanco, era para ella algo tan sencillo como sonarse ó estornudar.

Doña Felipa tenía dos lados flacos... á pesar de ser gorda por sus cuatro costados: era el uno, un apetito desordenado por esos caramelos en forma de lápices Faber que venden los dulceros ambulantes y que se entretienen en ir chupando antes de venderlos; y el otro la concupiscencia de los jamones adornados, planchados y azucarados que se exhiben en los escaparates de las pastelerías.

«¡San Brano! Haz que aparezca encima del aparador un jamón bien grande», era la jaculatoria que rezaba cada noche la buena vieja.

Al principio San Pedro se encontró perplejo y sin saber qué hacer con esas jaculatorias. En la lista de oraciones salvantes que se ponen en la portería celestial, aparecían como treinta jaculatorias bajo el nombre de San Brano. Un día se presentó á reclamarlas San Bruno, preguntando si no sería aquello un error tipográfico; pero se comprobó que nó, y todo quedó como antes.

Conste, pues, que en el milagro de San Brano que comenzamos á referir no ha habido ninguna intervención celeste, como no sea la tolerancia hacia los extraordinarios sucesos que le aconsejaron á doña Felipa.

Lo que le faltaba á doña Felipa era una imagen de San Brano. La había pedido en las Mercerías, en los puestos de frutas, y hasta en las librerías; pero sin fruto alguno.

Recogía en la calle todos los carteles, resuelta á dar con una cara que le pareciera apropiada para servir de San Brano. Rechazó un retrato que circulaba por esos días, de don José Antonio Gandarillas, porque lo encontró muy *enojón*; no admitió uno de Wood por ese sospechoso acompañamiento de «la mujer que vuela», y anatematizó la efigie del torero *Cachetas* por encontrarlo demasiado *caripelado*.

Era una tarde del mes de abril, y doña Felipa, sentada á la puerta de su casa, vió venir por la vereda un mozo de hotel con delantal, trayendo sobre la cabeza una bandeja con un gran jamón y una canasta en una mano. A doña Felipa le latió el corazón y mientras con sus ojos seguía los del mozo, que parecían buscar un número, decía en voz baja:

—San Branito, te prendo dos velas si es para mí.

—¿Verdad que es para mí? le preguntó al mozo, que se había detenido dudoso frente á la puerta.

—Sí señora—contestó éste decididamente y después de comprobar que se trataba del número 57.

No se hizo esperar mucho doña Felipa y en dos minutos quedaba despachado el mozo, después de descargar su codiciada mercadería sobre el aparador.

—Naturalmente—balbuceó llena de emoción doña Felipa—yo no debo nada...

—Nada señora, está pagado...



—Verdad que el que ha pagado ha sido un caballero, viejo, barbón?...

—Sí, señora. . .

Y antes que el mozo saliera del todo, ya doña Felipa desembalaba el contenido de la canasta, que eran seis medias botellas de *Champagne Veuve Clicquot* y daba un pellizquito voluptuoso al planchado del jamón, saboreándose después con esa migaja anticipada del festín que la esperaba.

A la hora de comer, doña Felipa y sus hijos ocuparon bulliciosamente los asientos de la mesa.

—Esto se lo debemos á San Brano, hijitos—decía la golosa y soñadora jamona, atragantándose con la sabrosa tajada del rico jamón ahumado.

Destapada la primera botella, hubo opiniones sobre su contenido, creyendo unos que era chicha y otros que se trataba de cerveza extranjera.

En cuanto á la marca *veuve clicuó*, se acordó por unanimidad que debía significar: *bébetelo tío*, y así se lo propuso doña Felipa.

¡Qué trago tan delicioso! La vieja sintió cierto deseo de bailar, recordó sus mocedades y terminó por tirarle un pan á uno de los chicos.

Las carcajadas se sucedían unas tras otras; se reía de todo. Un chico propuso al otro ver quién daba más vueltas al comedor saltando en un pie; uno de ellos cayó, y una vez en el suelo, se acomodó y se puso á dormir.

Doña Felipa se creyó más joven y le dió por ponerse las manos en la cadera y hacer fruncidos, imaginando á un novio que había tenido treinta años atrás.

Poco á poco las víctimas del *champagne* fueron doblando la cabeza, y doña Felipa acabó por dormirse acurrucada en el suelo, con esa ebriedad primeriza, alegre, en que andaba mezclada la cana barba de un santo ortográfico.

Y la vieja veía en sueños la barbona cabeza de San Brano que le sonreía plácidamente como preguntándole.

—Bueno el jamón, ¿eh?

\*  
\* \*

Entretanto en el mesón de Gage había un verdadero desorden. Un señor vociferaba como un orador público ante el mesonero. Un mozo, llamado á rendir cuenta de sus actos, decía á cada paso:

—Yo he dejado el jamón y las botellas en la calle del Traro número 57...

—Que nó!, gritaba el viejo.

—Que sí, señor—respondía el mozo.

—Me lo dirá usted á mí, que soy el que me iba á comer el jamón...

—Y me lo cuenta usted á mí, que sé los números y las calles, y que estoy dispuesto á probar lo que digo.

Al día siguiente se comprobó todo.

Vivía en la calle del Traro número 57 antiguo, don Froilán Iturriaga, candidato á Municipal por la undécima comuna. Y vivía en la misma calle del Traro número 57 nuevo, doña Felipa, candidata permanente al jamón adornado, planchado y azucarado.

Don Froilán deseaba asegurar su candidatura por todos los caminos, y naturalmente por entrambas vías, la seca y la húmeda. Encargó, pues, un día un jamón y media docena de botellas de *champagne Veuve Clicquot* donde Gage, resuelto á alimentar opíparamente esa tarde á dos electores duros de pelar, pero fáciles de emborrachar.

Y como el apetito de doña Felipa era tan grande, y el número tan igual... se torció el rumbo del jamón...

Y he ahí á San Brano canonizado por una equivocación de letras, haciendo milagros por una confusión de números.





1.—En Santiago hay cosas muy bonitas.  
¿Nó conoce V. el *Acuario*?

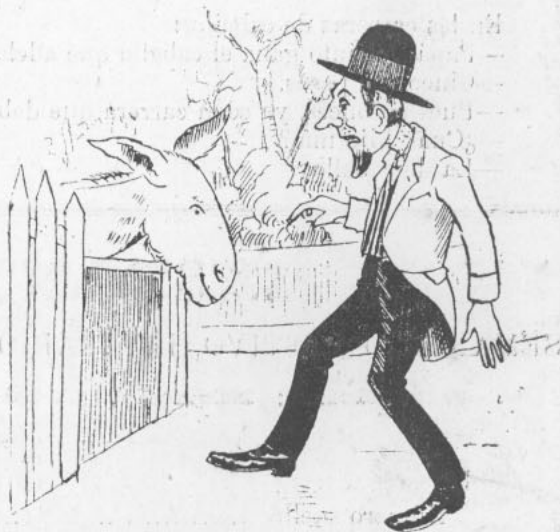
—Nó, señor. Pues se va V. á la Quinta,  
entra y doble á la mano derecha..... y ahí  
está el *Acuario*.



2.—En Guacargüe se van á morir de  
envidia cuando sepan que yo he visto el  
*Acuario*.



3.—Doblando, á mano derecha... Parece  
que voy bien.



4.—Hombre! Parece mentira que á esto lla-  
men *Acuario* los santiaguinos. En Guacargüe  
no se ve otra cosa... pero los llaman burros.

# Casos y Cosas

Después de un prolongado examen pregunta el médico al paciente:

—¿Tiene usted aversión al movimiento?

—Mucho.

—¿Desde hace tiempo?

—Sí, señor, desde hace tres años.

—Indudablemente, la vida sedentaria es la causa de su enfermedad. ¿Cuál es su profesión de usted?

—Soy cartero, señor doctor.

\*  
\* \*

Un individuo de muy buen aspecto se presenta á un antiguo amigo suyo y le dice:

—Hace tres meses que no tengo ni un céntimo, y si no me socorres, me moriré de hambre.

—¿Cómo! ¿Con esa cara?

—Esta cara no es mía. Es del fondista, que me mantiene á crédito desde hace tres meses.

\*  
\* \*

Un huaso presenta á su hijo al maestro de escuela, y éste, después de examinar al muchacho, dice:

—Este chico tartamudea.

—Sí, señor; pero es sólo cuando habla.

\*  
\* \*

Decía un zapatero á un sastre:

—¿Sabes por qué chillan tanto los zapatos de este caballero?

—¿Por qué?

—Porque aun no me los ha pagado.

—Hombre, esa no debe ser buena prueba —dijo el sastre— porque en tal caso también chillaría el chaquet.

\*  
\* \*

En las carreras de caballos:

—Papá, ¿cuánto gana el caballo que adelanta á los demás?

—Cinco mil pesos.

—Pues entonces, ya sé la carrera que debo elegir.

—¿Cuál, hijo mío?

—La de caballo.

---

---

## INSTANTÁNEAS

SEMANARIO FESTIVO, LITERARIO, ARTÍSTICO Y DE ACTUALIDAD

Oficina: Moneda, 1164. — Correo: Casilla 655



Número suelto ..... 10 centavos  
Número atrasado ..... 20 »

Se admiten suscripciones sólo para fuera de Santiago á cinco pesos anuales, de 1.º de abril á 31 de marzo de cada año.

Se venden números durante toda la semana donde ZAMORANO á la entrada del Portal Fernández Concha por la Calle del Estado.



# JULIAN RAMOS



CASILLA 211

## FOTO-GRABADOR

301 TOCORNAL 301  
SANTIAGO



